

Natalia Rodríguez

Unamuno y la problemática de la existencia de Dios

RESUMEN: A través de conceptos como la fe se intentará llegar a qué entiende Unamuno por la existencia de Dios. Pasando por su crítica al «Dios lógico» de la filosofía, se llegará a su concepción de Dios como «productor de inmortalidad».

PALABRAS CLAVE: Unamuno; Dios; Fe.

Unamuno and the problema of the existence of God

ABSTRACT: Through concepts such as faith we will try to arrive at what Unamuno understands by existence of God. Passing through his criticism of the «Logical God» of philosophy, we will come to his conception of God as «immortality producer».

KEYWORDS: Unamuno; God; Faith.

Artículo [SP] | ISSN: 2386-3994 | Recibido: 28-febrero-2021 | Aceptado: 30-junio-2021.

Miguel de Unamuno fue autor de una prolífera obra en la que abundan ensayos, novelas, teatro y poesía. Lo que me propongo en este artículo es mostrar la importancia de Dios en su pensamiento, tome este la forma que tome, y el lugar que ocupa como solución al mayor problema vital para el autor: el ansia de inmortalidad. El punto de partida de la filosofía está estrechamente ligado a dicho deseo de perseverar eternamente: «¿Por qué quiero saber de dónde vengo y adónde voy, de dónde viene y adónde va lo que me rodea, y qué significa todo esto? Porque no quiero morir del todo, y quiero saber si he de morir o no definitivamente. Y si muero, ¿qué será de mí? Y si muero ya nada tiene sentido» (Unamuno 2005, p. 52). Toda la metafísica, la antropología y la teología de Unamuno representan el intento de encontrar respuestas a la gran pregunta: «¿he de morir del todo?».

► **Natalia Rodríguez**, Universidad de Barcelona, España. **Autor de correspondencia:** (✉) natix198383@gmail.com — iD <http://orcid.org/0000-0001-6784-5700>.

ANALYSIS 29 (2021), 121–129 | © UNIVERSIDAD TÉCNICA PARTICULAR DE LOJA 2021

Una de las mayores luchas que mantiene Unamuno en toda su obra es contra el racionalismo y el idealismo que impera en Occidente. El racionalismo llega a su máxima expresión en el idealismo con la sentencia hegeliana, en la Filosofía del derecho, de «todo lo real es racional y todo lo racional es real». Unamuno en contra de esta forma de acercarse al mundo negará la utilidad para la vida de una unidad racional y abstracta a la que quiere llegar el idealista, de una realidad efectiva adecuada a conceptos y de un orden y coherencia racional de lo real. Unamuno se enfrenta con estas palabras a la razón y su lógica:

La lógica tira a reducirlo todo a identidades y a géneros, a que no tenga cada representación más que un solo y mismo contenido en cualquier lugar, tiempo o relación en que se nos ocurra. Y no hay nada que sea lo mismo en dos momentos sucesivos de su ser [...] La identidad, que es la muerte, es la aspiración del intelecto. La mente busca lo muerto, pues lo vivo se le escapa; quiere cuajar en témpanos la corriente fugitiva, quiere fijarla (Unamuno 2005, p. 107).

En la obsesión racionalista de encontrar una unidad que fundamenta toda la complejidad se pierde lo más vivo y se llega a lo muerto e idéntico. La existencia es lo cambiante, y el cambio siempre desborda la unidad en la que se halla. La única manera de atrapar lo cambiante en la unidad es inmovilizarlo y, por lo tanto, hacer que pierda su esencia movimiento. Es por ello por lo que «la mente busca lo muerto, pues lo vivo se le escapa». Unamuno no ofrece una definición de razón, pero «construye un proyecto filosófico que gira en torno a ella, a la vez que la crítica y señala sus carencias» (Andersen 2015, p. 20). Su filosofía viene así a salvar lo irracional, la vida según él, contra el dominio de la razón.

El conflicto que atraviesa toda la obra del autor es la ruptura entre razón y fe, es decir, entre pensamiento y sentimiento. Ambos se sitúan como los dos principios que se ponen en contradicción y que generan la tragedia de la existencia humana. Así pues, la vida es contraria a la razón ya que ésta se presenta como irracional o, utilizando las palabras de Unamuno, como contrarracional y, a su vez, la razón se presenta como antivital. El más importante de los problemas vitales, como ya he señalado, es el ansia de inmortalidad, el cual no puede ser resuelto desde una razón abstracta y sistemática que unifica la pluralidad de lo existente, la multiplicidad de lo que cambia y que busca lo absoluto, la unidad, desechando lo que no puede encerrarse entre muros racionales. Con estas palabras Unamuno entierra al hegelianismo y su razón sistemática: «Hegel,

prototipo racionalista, que nos quita la fiebre quitándonos la vida, y nos promete, en vez de una inmortalidad concreta, una inmortalidad abstracta, como si fuese abstracta, y no concreta, el hambre de ella, que nos consume!» (Unamuno 2005, p. 127). Siempre hay algo que se resiste, que no puede caer dentro de un orden impuesto por la razón, y esto es el misterio de la existencia, de la existencia concreta. Unamuno parte del supuesto de que la existencia y la realidad no son diáfanas a la razón. La razón no puede dar razones del ansia o anhelo de inmortalidad ya que dicha facultad solo explora modos de llegar a la verdad objetiva. Y aquí, en la tragedia de la existencia, la razón y su objetividad no proporcionan ningún elemento significativo para explicar lo más íntimo y subjetivo: la existencia. Es por este motivo que Unamuno abandona lo sistemático por lo trágico indicándonos, de esta manera, hacia dónde debemos dirigir la mirada: a la vida misma. Lo que busca es un sentir pensando o un pensar sintiendo ya que, en sus palabras, «piensa el sentimiento y siente el pensamiento» (Unamuno 1958, p. 200).

La tragedia en Unamuno aparece por el miedo a dejar de existir, es decir, a volver a la nada. Así, siente como menesteroso el creer en la inmortalidad, pero siempre da con algo que se burla de tal creencia: la razón. Ésta funciona en un espacio lógico donde es de suyo el dar y recibir razones. La imposibilidad enmarcada en la lucha entre razón y fe, es decir, la imposibilidad de reconciliarlas y de que trabajen juntas apuntando a un mismo fin, provoca un enfrentamiento que deriva en la desesperación por la necesidad de creer, pero saber que no hay fundamentos para hacerlo. El corazón le anima a creer mientras la razón detiene esa voluntad que se vuelve necesidad: «Más de una vez me pongo a pensar racionalmente en mi estado [...] pero llega la hora y me siento impulsado a la iglesia, y voy y oigo misa. Y se que si esta razón vence volveré a las angustias y congojas, y que ya no tendré paz en la vida. No, no quiero morir del todo» (Unamuno 2007, p. 107). El ansia de inmortalidad, como el verdadero problema vital, es aquel que permanece latente a lo largo de toda la obra del autor, sea en forma de ensayo o en forma de ficción. Este no querer morir es fuente de congoja debido a que el ser teme convertirse en no-ser, anulándose; serlo todo no puede conseguirse sin el riesgo de no ser nada; la conciencia de sí mismo aparece en contraposición con lo objetivo, con lo que no es uno mismo. Como explica Jesús Antonio Collado «la conciencia de sí mismo en antítesis con la conciencia de lo

demás. Aquí se funda el hambre de inmortalidad e infinitud y la sed de Dios» (Collado 1962, 131). Es por terror a la nada, al no-ser, que aparece el sentimiento de angustia y es en ella donde el individuo es consciente de su propia existencia, de su ser.

Antes de continuar es necesario intentar esclarecer qué entiende Unamuno por vida eterna. ¿Se refiere a dejar su obra como legado para la humanidad? ¿A tener descendencia y perpetuarse en la sangre? ¿o bien quiere subsistir en la conciencia infinita de Dios? ¿O quizá lo quiere todo y ser, él, su conciencia misma, eterno? María Zambrano afirma que Unamuno tiene afán de perpetuarse en la carne, y busca dejar huella en nosotros como claros herederos de una cultura en lucha interior. Así, la forma de eternizarse consistiría en legar su pensamiento y creación a las generaciones venideras, de la forma en que Cicerón señala: «La muerte es terrible para aquellos con cuya vida todo se extingue, no para aquellos cuya gloria no puede morir» (Cicerón, Paradoja II, §18). Sin embargo, a mi parecer, Unamuno no busca o no sólo busca ese tipo de inmortalidad: quiere perseverar él, su conciencia, su memoria, y la siguiente afirmación del autor creo que es muy demostrativa en este sentido: «Todo lo que en mí conspire a romper la unidad y la continuidad de mi vida, conspira a destruirme [...] Porque para mí, el hacerme otro, rompiendo la unidad y la continuidad de mi vida, es dejar de ser el que soy; es decir, es sencillamente dejar de ser. Y esto no; ¡todo antes que esto!» (Unamuno 2005, pp. 30-31).

Entremos ahora de lleno en la relación de Unamuno con Dios. En el poema La oración del ateo, Unamuno cristaliza la crítica al Dios nacido de la racionalidad y, además, encontramos la declaración expresa que para ser eternamente se necesita del Dios eterno:

¡Qué grande eres mi Dios! Eres tan grande
que no eres sino Idea; es muy angosta
la realidad por mucho que se expande
para abarcarte. Sufro yo a tu costa
Dios no existente, pues si Tú existieras
existiría yo también de veras (Unamuno 1958, p. 546).

El Dios vivo concede la oportunidad de «existir de veras», esto es, eternamente. Si nuestra vida comporta la muerte esta existencia se torna irreal; y esto es debido a que

lo real es solamente lo eterno. En el poema Unamuno le exige a Dios que exista. Aquí, la lectura que realiza María Zambrano, en mi opinión, es muy acertada. Según la filósofa, Unamuno es un nuevo Job. El pensador vasco vive en lucha continua, no obstante, Zambrano entiende que el conflicto de base en Unamuno no es entre razón y fe, sino entre tragedia y religión (Zambrano 2015, p. 87). Y para fundamentar tal afirmación, colige:

[Unamuno] es Job, siempre Job siempre Job [...] Poco importa lo que se arguye, lo que decisivo es que hay un hombre que, frente a la Divinidad, se levanta a argüir. Así Unamuno se levanta frente a la fe deseada, es decir, frente al Dios que tras ella se esconde, frente a Dios escondido, hablando de razón, de la razón «que es siempre monista o materialista» y va a parar a la creación de Dios por la persona humana (Zambrano 2015, p. 87).

Unamuno «se levanta» frente a Dios, como Job, y le exige su existencia para poder él «existir de veras», para pedirle cuentas sobre su inmortalidad. Así, la voluntad se impone a la fe que queda de esta manera negada, ya que ésta no es otra cosa que la voluntad de existir. La fe permanece encerrada en un querer ser, prisión creada por la voluntad de Unamuno, que la identifica cabalmente con el ansia de inmortalidad; ansia que es anhelo, deseo, esperanza, en definitiva, voluntad.

Unamuno es Job, un nuevo Job. Cito de nuevo a Zambrano: «Job el padre de la expresión, de la revelación íntima y personal, de la poesía existencial, se diría hoy, el que habla porque sabe que va a dejar de ser», y en esa expresión «lo que se revela es un personaje, la tragedia de ser alguien» (Zambrano 2015, p. 91). Zambrano coloca a Unamuno en el Antiguo Testamento, situando su obra frente a Dios, al que le ruega que exista para poder él existir realmente. El ser del hombre solo puede revelarse gracias a la divinidad en tanto que es «productor de inmortalidad», como veremos más adelante. Y es que, para Unamuno, la figura de Job resulta paradigmática del hombre que le ruega a Dios: el anhelo real es seguir siendo después de la muerte, seguir viviendo en la carne sin la muerte como horizonte. Horizonte que quedará desolado, sin luz, una vez haya concluido la puesta de sol. El pensador vasco no solo ve en Job al hombre que suplica y reclama su existencia eterna, sino también al que vive en contradicción, en aquella que nace del conflicto entre corazón y pensamiento. Job representa un espejo en el que Unamuno puede mirarse, en el que encontrar acogida a su tragedia.

La tragedia, pues, tiene un sentido religioso: el que clama frente a Dios quiere ser Él, ser eterno. Unamuno es un personaje trágico porque podemos incluirlo en el Antiguo Testamento donde reside, según Zambrano, «la verdadera tragedia» que es estar frente a Dios (Zambrano 2015, p. 97), rogándole y quejándose, lamentándose de su ser incompleto respecto a la eterna existencia divina. Como ya he señalado, la filósofa sitúa el conflicto de Unamuno entre la tragedia y la religión. En el reafirmar su voluntad de eternidad, lo que se reafirma es «un imposible, el imposible de ser divino sin dejar de ser humano» (Zambrano 2015, p. 98). Unamuno así lo exclama: «¡Hambre de Dios! ¡Sed de amor eternizante y eterno! ¡Ser siempre” ¡Ser Dios!» (Unamuno 2005, p. 59). Y allí habita la tragedia: en envidiar la esencia de la divinidad, de quererla para sí sin perder su yo humano encarnado en la temporalidad, es decir, en la finitud.

Hubo un tiempo en que buscó consuelo en un Dios lógico, pero en esa búsqueda racional de Dios encuentra el «Dios Nada». Esto ocurre en sus primeros años de su andar filosófico cuando Unamuno pensaba desde un contundente racionalismo positivista. Abandona completamente este -ismo en su madurez adquiriendo una posición existencialista y asumiendo que razón y vida equivalen a dos conjuntos disjuntos. La razón no puede satisfacer el ansia de inmortalidad porque «toda concepción racional de Dios es en sí misma contradictoria» (Unamuno 2005, p. 165) o, en palabras de Jaspers: «Dios no existe como contenido del saber» (Jaspers 1989, p. 46). Para que Dios le sirva de consuelo y le done fe en la inmortalidad del alma necesita creer en un Dios vivo y no en un puro concepto resultado de la razón idealista, como afirma en su Diario íntimo. En dicho diario se refleja tal tragedia. Aquí el lector atento puede oír al autor gritar contra el viento, bramar lo más profundo de su ser para lo que no encuentra salida. Donde la angustia frente a la nada y el miedo a morir, a desaparecer por completo, se refleja en todas y cada una de sus páginas. Encontramos una y otra vez la palabra ‘muerte’, despegada del texto, como algo que, por su innegable poder, debe estar separado de todo lo demás. Se muestra la desesperación por encontrar una señal que le proporcione seguridad en su creencia. Y la tragedia estriba en que esa señal nunca llega, no aparece por más que se busque. Y todo ello debido al rol de la razón: el de humillar, el de señalar los errores y las

contradicciones, el de robar toda esperanza: «Es mi razón, que se burla de mi fe y la desprecia» (Unamuno 2005, p. 305).

Su Diario lo escribe Unamuno en plena crisis religiosa en la que quiere creer y no puede. De ahí el tormento visible de la obra; el insoportable peso de la duda que arrasa con el sosiego del alma. Es un diálogo consigo mismo, es la esperanza plasmada en líneas, aquello que indicó Machado: «quien habla solo espera hablar a Dios un día» (Machado 1999, p. 151). Porque Dios es el único que puede garantizarle la inmortalidad; es de Él de quien espera respuesta. Nuestro autor halla el pilar por el que poder sostener su creencia, como un dintel que soporta todo el peso de la tragedia. Para él solo Dios, un Dios vivo, no el producto vacío de la razón abstracta, es capaz de producir eternidad, es el «productor de inmortalidad».

Como bien arguye Enrique Rivera, la problemática de la existencia de Dios en la obra de Unamuno no responde a una necesidad ontológica sino antropológica; al preguntarse por la existencia de la divinidad no se esconde un «por qué» sino un «para qué» o un «con qué finalidad» (Rivera 1985, p. 63). Es decir, a Unamuno no le interesa la causa de Dios sino su finalidad. Es el impacto en la vida, en la existencia humana la que alberga el interés de nuestro autor. Esta idea también la recoge Pedro Cerezo cuando colige que la pregunta unamuniana es para qué hay mundo, dónde se encuentra el sentido, ya que todo «para qué» tiene como referencia la cuestión del alma y su destino (Cerezo 1996, p. 377). Así, en Unamuno debemos dirigir la mirada a la cuestión de la inmortalidad de alma que es la finalidad de la existencia de Dios como «productor de inmortalidad».

La fe, aquí, que como hemos visto está cercada completamente por la voluntad de vivir eternamente, se convierte en un elemento clave, ¿por qué? Porque la fe en Dios consiste en crearlo, porque la fe es precisamente «el poder creador del hombre» (Unamuno 2005, p. 205). Por ello Zambrano afirma que «Dios le sale siempre de sí» (Zambrano 2015, p. 90). Desde el poder creador del ser humano, Dios no llega a ser fundamento de la religiosidad, sino que lo es el hombre mismo en ese gesto *poiético* que da como resultado la seguridad que necesita Unamuno para su ansia de inmortalidad. No obstante, se ha reiterado la idea de que Unamuno no creía en Dios, que después de la crisis de 1897, cuando la duda y la incertidumbre se hacen más insoportables, el Dios unamuniano vive tan solo en su fantasía (Sánchez-Barbudo

1980, pp. 87-88). Dicha conclusión parece factible, pero si volvemos al *Del sentimiento trágico de la vida*, escrito en 1912 y, por lo tanto, mucho después de tal crisis, encontramos una serie de afirmaciones que pueden hacernos pensar que quizá el resultado de esa crisis religiosa no es del todo transparente: «¡no! No me someto a la razón y me rebelo contra ella y tiro a crear, en fuerza de fe, a mi Dios inmortalizador» porque se puede «crear lo que no vemos» y ello lo hacemos mediante la fe que es «flor de la voluntad y su oficio es crear. La fe crea, en cierto modo su objeto. Y la fe en Dios consiste en crear a Dios» (Unamuno 2005, p. 205). Si se puede crear desde el creer y este creer es querer que algo exista, no parece descabellado afirmar que, en cierto sentido como mínimo, Unamuno sí cree en Dios. Por mucho que asalte la duda, la creencia en Dios es indispensable para el autor; sin Él, sin Dios, no habría esperanza. La vida se convertiría en una amalgama de argumentos lógicos provenientes de la razón que en nada ayudan a encontrar una suerte de fundamento que levante, a fuerza de fe, el edificio que Unamuno necesita construir para encontrar consuelo a su tragedia.

Conflicto de intereses: El autor declara que no tiene ningún posible conflicto de intereses. **Aprobación del comité de ética y consentimiento informado:** No es aplicable a este estudio. **Contribución de cada autor:** N.R desarrolló las ideas y escribió el artículo. Ha(n) leído y aprobado el manuscrito final. **Contacto:** Para consultas sobre este artículo debe dirigirse a: (✉) natix198383@gmail.com.

Referencias

- Andersen, Katrine Helene (2015). «La otredad de la filosofía. Miguel de Unamuno y la función de la razón». *Annales Universitatis Mariae Curie-Skłodowska* Vol. XL (1): pp. 7-21.
- Cerezo Galán, Pedro (1996). *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Madrid: Editorial Trotta.
- Cicerón (2000). *Las paradojas de los estoicos*. México: Editorial UNAM. Trad.: Julio Pimentel Álvarez.
- Collado, Jesús Antonio (1962). *Kierkegaard y Unamuno. La existencia religiosa*. Madrid: Editorial Gredos.
- Jaspers, Karl (1989). *Introducción a la filosofía*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Machado, Antonio (1999). *Poesías Completas*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Sánchez-Barbudo, Antonio (1980). «Una experiencia decisiva: la crisis de 1897». En *Miguel de Unamuno*, editado por Sánchez-Barbudo, Antonio. Madrid: Editorial Taurus, pp. 95-122.
- Unamuno, Miguel (1958). *Obras Completas, Tomo XIII*. Madrid: Ed. Afrodisio Aguado.
- Unamuno, Miguel (2005). *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Alianza Editorial.
- Unamuno, Miguel (2007). *Diario íntimo*. Barcelona: Ediciones Folio.
- Unamuno, Miguel (2011). *De la desesperación religiosa moderna*. Madrid: Editorial Trotta.
- Zambrano, María (2015). *Unamuno*, editado por Mercedes Gómez Blesa. Barcelona: Debolsillo.

Información sobre el autor

► **Natàlia Rodríguez** es investigadora del Seminario Filosofía de la Universitat de Barcelona. Su investigación se centra en el estudio las obras de los pensadores que han tenido en cuenta la irracionalidad como medio de conocimiento. Su investigación doctoral profundiza en la influencia de Miguel de Unamuno en el pensamiento de María Zambrano en tres grandes temas: la poesía, la mística y el sueño. **Contacto:** Universidad de Barcelona, España. - (✉) natix198383@gmail.com — **iD** <http://orcid.org/0000-0001-6784-5700>.

Como citar este artículo

Rodríguez, Natalia. (2021). «Unamuno y la problemática de la existencia de dios». *Analysis* 29: pp. 121-129.